

mio y á mí; mi hermano dió la parte que á la juventud le tocaba, ya enamorando mujeres y ya tratando con amigos de su misma edad, que con el ocio y regalo solo tratan de hacer travesuras, con que algunos excesos que hizo en este particular le tenían ausente de Granada, temeroso de la justicia, que le seguía los pasos para castigarle algunas travesuras; yo trataba solo del regalo de mis ancianos padres y de acudir á mi labor, bien ajena de otros entretenimientos que veía tener á mis amigas, antes aborreciendo sumamente los que significaban que tenían, porque no sabía qué cosa era amor ni aun ponerme á una ventana para ser vista, y así hacia donaire de cuanto me decían en orden á sus empleos amorosos; parece que tomó el amor por su cuenta la venganza de estas amigas de quien hacia burla, y así la ejecutó bien á mi costa; porque estando un día mis padres fuera de casa, en la de un deudo suyo que se le había muerto su esposa, sentí en la calle rumor de espadas, como que había alguna trabada cuestión en ella, y púseme á ver lo que era á la ventana, que nunca tal pensamiento me viniera, pues de ponerle en ejecución vengo á llorar ahora tantas desdichas; vi por mi mal acuchillar tres hombres á uno solo, el cual se defendía con tanto esfuerzo y valor, que por un rato estuvo á pié firme defendiéndose con mucho aliento y ofendiendo á sus contrarios, de modo que tenía heridos á los dos en la cabeza, y él también lo estaba; con verse maltratados los tres, procuraron concluir con la vida del que solo se les oponía, y así, con la rabia de verse heridos, le comenzaron á apretar de manera, que le fué fuerza irse retirando hasta la puerta de mi casa, adonde le dieron dos heridas en el pecho, de que cayó dentro en el zaguan de ella casi sin aliento. Moviéme á compasión ver tratar tan ásperamente y con tanta ventaja á aquel bien dispuesto jóven, y bajé de lo alto al zaguan, llamando á mis criadas para hacer lo que pudiésemos por favorecerle, que la calle estaba en un barrio solo de gente; y así, la que acudió fué poca y sin armas para ponerlos en paz; cerramos las puertas de casa y recogimos dentro al herido, haciendo luego llamar á un cirujano que tratase de su cura. Vino al punto, y haciéndole que se acostase, le dí por cama la que mi hermano tenía en unos aposentos bajos. Agradecido el jóven al agasajo que halló en mí, que comenzó por piedad y acabó en amor, vióle el cirujano las heridas, y por entonces no supo qué juzgar de ellas, aunque por mayor me dijo eran peligrosas: cosas que comenzaron á darme cuidado, porque de haberle visto con el valor que procedía en la pendencia, le estaba inclinada; él se me mostró muy agradecido á mi piadoso agasajo, manifestándolo con las razones que el poco aliento con que estaba le concedía. Vinieron mis padres de cumplir con su obligación, y antes de entrar en casa supieron de un vecino suyo, hombre de prendas y anciano, lo que pasaba y cómo yo había atajado la pendencia con haber dado entrada al herido en su casa, movida del celo de que no le matasen; holgáronse de que hubiese usado de aquella piedad en tiempo de tan-

ta necesidad con aquel hidalgo, que era á la condición de ellos muy conforme, é inclinados á estas cosas. Viéron al herido, y teniendo compasión de su desgracia, le animaron á que se esforzase, y ofrecieron servirle en su casa, y á mí me agradecieron el haber sido causa para que no le matasen entrándole en ella, con que yo me animé á usar mas piedades con el herido, que hoy me cuestan caro. A la segunda cura dijo el cirujano no ser mortales las heridas, con que nos dejó á todos contentos, y á mí mucho mas, que cada día crecía mi afición. Todas las veces que yo estaba desocupada, á luto de mis padres, acudía á verle, y él mostraba de esto particular gusto. Era este hidalgo natural de Pamplona, y de lo mejor de aquella ciudad; asistía en Granada á un pleito que tenía con un poderoso contrario, y viendo este su poca justicia y el rigor con que los jueces le habían de condenar, quiso con otro mayor echar por el atajo y librarse de su contrario, haciéndole matar á los tres, que criados suyos eran, por tener el pleito mas llano. Bien pasó un mes primero que Leonardo, que así se llamaba el herido, se levantase de la cama, siendo en todo este tiempo servido y regalado en casa con mucho cuidado. El segundo día que se levantó tuvo lugar de verse conmigo, por tener mi madre una visita á que yo no asistí, deseando hallar lugar para verme á solas con mi huésped. El me significó su amor, y yo le correspondí con no desestimarle sus deseos, con que desde aquel día quedó entre los dos asentado un firme amor. Poco había que mis padres me trataban un casamiento con un hidalgo de Granada, que había mostrado gusto de este empleo; y cuando yo había tomado el del mio se prosiguió en esto con mas fervor. Supo Leonardo lo que pasaba y sintiólo notablemente; pero no pudo disponer de su persona hasta ver fenecido su pleito, tratando esto con mis padres; su sentencia la esperaba cada día, y así luego que saliese tenía pensamiento de pedirme por su mujer. Con esto iba yo entreteniendo á mi padre para que no se apresurase en casarme con el de Granada. Acabó de convalecer Leonardo, y quedando muy agradecido al agasajo que se le había hecho, que reconoció y pagó con muchos presentes, así de cosas de comer como de cosas de valor, se fué á su posada, tratando luego de que se feneciese con su pleito; pero en tanto yo le tenía muy malo, pues sin darme parte mi padre de lo que hacia en mi casamiento, lo efectuó é hizo las capitulaciones de él. Dióme luego cuenta de lo que había hecho, que me atravesó el alma con aquellas nuevas tan penosas para mí. Vino el novio á verme, y halló en mi poco agasajo y menos gusto, con que salió bien disgustado cuando esperaba salir de mi presencia muy gustoso. Finalmente, como no era necio, echó de ver que el no estar yo gustosa nacía de mayor causa que del recato de doncella; y como había sabido el hospedaje del herido, presumióse que él había causado este disgusto, habiéndosele anticipado en ganarme la voluntad; y con el celoso furor que le procedió de esta sospecha, que era tan verdadera, procuró averiguarlo mas de raíz, por no

hacer cosa de que despues se arrepintiese; que si esto liciesen muchos, no saldrian los casamientos tan torcidos, prevenidos antes de otros empeños; yo me vi en este confusa; dí parte de esto á Leonardo, y él lo sintió mucho. Vióme aquella noche, que en otras acudía á verse conmigo, y en ella concerté salirme la siguiente de casa de mis padres, llevándome él á la de unas deudas suyas, para sacarme por el vicario al otro día. Llegóse la hora esperada, bien desdichada para mí por lo que me sucedió; y saliendo de casa en compañía de mi amante, al doblar la esquina de la calle en que vivía, nos estaba esperando mi novio, que todas aquellas noches era un Argos en la calle para certificarse de sus sospechas, y salióle aquí mas verdaderas de lo que quisiera; y así, luego que nos conoció, acompañado de dos criados suyos, acometió á Leonardo, que le cogieron descuidado; y fué de manera su acometimiento, que antes que tuviese lugar de sacar su espada, ya con las tres sus contrarias se halló herido de tres estocadas mortales, con que cayó allí muerto sin hablar palabra. Al ruido de la pendencia sacaron luces los vecinos, con que los agresores huyeron temiendo ser conocidos. Ya en casa de mi padre había alboroto, siendo en ella echada de menos; lo cual conocido de mí, viéndome en esta confusión, afligida con la muerte de mi amante, solo tomé por remedio dejar los chapines, y con las basquiñas en la mano, á todo correr irme á casa de un conocido de mi padre, muy pobre y anciano, á quien dí cuenta de lo que me había sucedido y de cuánto importaba no parar en Granada; y así, tomando un rocín, me puse en él, y caminamos hasta el primer lugar, donde en otra cabalgadura me ha traído hasta aquí huyendo de alguaciles y de mi padre, que en busca mia han partido; que esto hemos sabido en el camino. Parecióme no entrar en Sevilla luego que llegué á ella, temerosa de que á sus puertas no me hallase quien me venia buscando; y así, tomé por mejor acuerdo quedarme en esta quinta, donde á puras importunaciones mías el hortelano me albergó por aquella noche. Esta es la historia de esta desgraciada mujer, no teniendo otro consuelo en ella sino haber hallado en vuestra quinta el agasajo que me habeis hecho. El cielo os pague obra tan pia, pues lo es muy grande socorrer á necesitados de favor y que pasan por lances desdichados.

CAPITULO V.

Verificase el hurto; engaña tambien Rufina á Garay, y ambos unidos toman el camino de Madrid.

Con lo fingido de la historia, la cual traía Rufina bien pensada, comenzó á verter lágrimas, de manera que el buen Marquina se lo creyó todo, y la acompañó en el llanto: afectos todos del amor que en su pecho iba obrando la socarrona Rufina. Entre los dobleces del lienzo que enjugaba sus fingidas lágrimas daba lugar para que sus ojos pudiesen ver las acciones de Marquina; y viendo cuánto se compadecía de su pena y lo bien que había creído su mentida relación, se dió por ven-

cedora en la empresa que intentaba. Un buen rato estuvieron los dos, Rufina llorando, y Marquina consolándola, y aunque este consuelo no era á todo ofrecerle remedio, porque aun no había soltado las riendas á su avara condición para que la liberalidad la echase de su corazón; considerando su buena cara, su aflicción y haberse allí venido tan sin pensar, juzgó que el cielo se la trajo para gozo suyo. Era este el primer amor que Marquina había tenido, y en cualquiera persona esta pasión primera siempre viene con tantos accidentes, que excede á cuantas en este género hay en el discurso de una vida. ¿Ama Marquina? Sí, pues será liberal. ¿Admitió huésped? Pues saldrá mal de su agasajo. ¡Oh amor, pasión dulce, hechizo del mundo, embeleso de los hombres, cuántas transformaciones haces de ellos, qué de condiciones mudas, qué de propósitos desbaratas, qué de quietudes desasosiegas, qué de pechos descompones! El de este avaro hombre, conocido en esto por inhumano con sus prójimos, le trocó amor de manera, que hizo un liberal de un misero y un Alejandro de un Midas; parecióle bien Rufina, amóla y ya será señora de su voluntad y hacienda. Muchas cosas dijo Rufina en su relación, que pudieran dejar sospechoso á Marquina de ser falsa, si la afición con que la estaba oyendo no le cegara los ojos y cerrara los oídos para que del discurso no pudiera conocer que le iba engañando; porque si Leonardo se anticipara á hablar á su padre en el empleo, claro estaba que no le negara á Rufina, teniéndole ventajas al otro pretendiente en la voluntad que de parte de la dama tenía en su favor; con esto hubo otras cosas que la bachillera de Rufina no previno, y la pudieran dañar para no salir con su intento; contentese con haber hallado un amante, que por serlo creyera otras cosas menos verosímiles.

Lo que resultó de la bien llorada relación de Rufina fué que á toda rienda Marquina la ofreció su favor, su hacienda, su vida y su alma, haciéndola señora de todo y suplicándola fuese perdiendo la pena que tenía, que en casa estaba donde solo tratarían los que en ella asistían de servirla y darla gusto. Agradeció Rufina tan hidalgos ofrecimientos con nuevas lágrimas, que en ella era fácil el derramarlas, como en las mas mujeres cuando les importa, y con esto quedó señora absoluta de la voluntad de Marquina y de su hacienda, con horca y cuchillo para cuanto hacer quisiese de ella. El pensamiento de Marquina, enamorado de esta moza, era llegar á los brazos con ella, y caso que se resistiese despues de haber batallado con las dádivas y persuasiones, pertrechos fuertes de un verdadero amante, cuando á todo esto le estuviese rebelde, llevárselo por la vía de matrimonio, palabra que con la capa de honor que trae se rebozan muchas mujeres, aunque para algunas es tan corta, que les descubre sus defectos. El pensamiento de Rufina ya está dicho que tiraba con espada estafante á hacer una herida á este avariento, que le dejase palpitando, sin meterse en otros laberintos, si bien promesas de futuro y conciertos de consorcio para adelante no lo rehusaría ella, que era fácil en prometer; mas desde la burla

de Roberto, difícil en el cumplir sin ver mucha luz delante.

Todo aquel día se estuvo Marquina en la quinta sin acudir á sus negocios; pero estotro día de mañana, dejando á su huésped durmiendo, se puso en su macho, y acompañado del negro se fué á la lonja, advirtiendo primero al ama que diese de almorzar á su huésped en despertando, y que tuviese cuidado con la casa; el aposento donde tenia su moneda dejó cerrado, y bajando abajo, dió orden al hortelano que no dejase entrar á nadie en la quinta si no era al hombre de quien vino acompañada Teodora, que así dijo llamarse la disimulada Rufina; con esto se fué á la ciudad, adonde dió al negro bastante dinero para comprar regaladamente de comer. Levantóse Rufina, y la ama cumplió con su obligación, regalándola con mucho gusto, porque vió que estas magnificencias redundaban en provecho de todos; bajó á la huerta y paseóse por ella, alabando la compostura de sus calles y la correspondencia de sus cuadros, que era el hortelano muy curioso y la tenia muy bien compuesta, adornada de muchos frutales, de muchas flores y yerbas extraordinarias. Viendo Rufina que entraba el sol algo recio, se recogió á la casa, donde acaso vió una guitarra, que era del agente de Marquina por ser aficionado á la música, y como en ella era Rufina consumada, así de voz como de destreza, tomóla en sus manos, y habiéndola templado, se entretuvo por un rato, haciendo sonoras falsas en el instrumento. En esta ocupacion estaba cuando llegó Marquina de la ciudad, y pudo saber aquella gracia mas de su huésped, la cual habiéndole sentido venir y que tambien la estaba escuchando, para amartelarle mas, cantó este romance:

A competir con la aurora
Salió Clarinda en el valle,
A dar mas vida á las flores,
Y á dar mas gozo á las aves.
Viendo la luz de sus soles,
El sol sus rayos no esparce,
Que alumbrar donde le exceden
Fuera atrevimiento grande.
Deidad celeste la juzga
El Bétis, y en sus raudales
Forma espejos cristalinos
Donde se mire y retrate.
Oponerse á sus primores
Pretendieron las beldades,
Cuando en igualdad compiten
Su belleza y su donaire.
Llegaron á la evidencia,
Y como les aventaje,
A hermosura tan valiente
Todas se rinden cobardes.
Su gala y su entendimiento
Hallan para acreditarse,
Si en las serranas envidia,
Aplausos en los zagales.
Feniso que atento adora
Sus luceros celestiales,
En su templado instrumento
Canta rompiendo los aires.
Aprisiona Clarinda las libertades,
Y ninguna que prende quiere rescate.

Acabó la letra con tan dulces pasos de garganta y tan sonoras falsas, que á Marquina le pareció no ser aquella voz humana, sino venida á la tierra de los celestes coros angélicos; aguardando estuvo á ver si asegundaba con

otra letra; mas viendo que dejaba el instrumento, entró donde estaba, diciendo: Dichoso el día, la hora y el punto en que mis ojos, reconociendo mi casa, se emplearon en tu vista, hermosa Teodora, pues de tan buen empleo ha resultado el conocimiento de tantas perfecciones y tan consumadas gracias. Presunciones puede tener mi dichosa morada de cielo, cuando tal ángel la honra, tal deidad la vive y tanto bien la ilustra; poco hago en exagerar esto segun la pasion tengo, que si conforme á ella y á la aficion que en mi pecho hay hubiera de alabar tu sugeto, Ciceron y Demóstenes quedarán cortos con su grande elocuencia. Paso, señor, dijo Teodora, mostrando tener empacho, que ya me conozco, y sé que le vienen muy grandes estas alabanzas á sugeto tan pequeño y humilde; y si entendiera que me oíades, dejara mi divertimento, porque quien habrá oído las voces célebres que hay en esta gran ciudad, habrále parecido la mia muy mal, sino que es de pechos nobles favorecer humildades y darles mayor honor que tienen méritos. Dejemos cumplimientos, dijo Marquina, encendido de amores, que vuelvo á reiterar lo que he dicho, asegurándoos, señora Teodora, que aunque he oído divinas voces en Sevilla, porque las tiene excelentes, esta vuestra puede competir con todas, con seguridad que las ha de exceder. Béseos las manos, dijo Rufina, por el encarecimiento; yo me doy por favorecida, y quisiera que mis cuidados me permitieran continuar el daros gusto con este instrumento; mas son tan graves, que este rato que le he tomado lo hice por probar si con él podia divertir la memoria de mis pesares. En mi casa, dijo Marquina, los he de ver acabar; y así, porque yo os sirvo en ella con gusto y amor, servíos de mostrar aliento en vuestra pena. Yo estimo, dijo Rufina, esa noble voluntad adornada con tantas obras, y me esforzaré, pues lo mandais, cuanto pueda; mas no sé cómo será, viendo que aun quien me dejó aquí, ha tres días que se olvida de mí. Eso no os dé cuidado, dijo el enamorado viejo, que causa forzosa le debe de obligar á no volver á veros. Yo presumo, dijo ella, que se debe de haber vuelto á Granada porque no le tengan por cómplice en mi fuga, y si esto es así, buena me ha dejado, llevándoseme lo poco que traia conmigo. No lo creais, dijo Marquina, que la lástima de veros en esta tierra sola y afligida no le dará osadía á dejaros y ausentarse; y cuando todo falte, yo no os puedo faltar, que os amo ya con tantas veras, que no sé si soy el mismo que solia. Aquí encajó su pensamiento el enamorado Marquina, con que se declaró con su huésped. Ella, no dándose por entendida de la aficion, respondió solo á la oferta, agradeciéndole mucho su buen ánimo, esperando con efecto recibir de él siempre favor. Era hora de comer y estaba la mesa puesta, con que los dos se sentaron á ella, regalando Marquina á su dama con nuevos y exquisitos regalos, que donde asiste amor no hay pecho avariento, y así no lo era ya Marquina.

Habia concertado Rufina con Garay que viniese á verse con ella en las ocasiones que su amante estuviese fuera de casa, y que viniese en forma de pobre, de mo-

do que no diese sospecha su hábito. Ella habia probado cuantos medios pudo para ver cómo se le podria hacer un buen hurto al miserable Marquina; mas era tan inexpugnable el aposento que su dinero encerraba, que mil veces se vió desesperada de buen suceso. Otros tres días se pasaron sin que se viese con Garay, y en todos mostraba un descontento, que á Marquina traia no poco cuidadoso, porque esto le atajaba la osadía para significarle mas lentamente su amor; en este tiempo pudo Rufina ver dónde el viejo tenia las llaves de sus cofres y considerar atenta la disposicion de su casa para lo que iba trazando.

Antes de anocheecer, que aun no habia venido Marquina, estando Rufina puesta á una ventana que caia á la ciudad, vió llegarse á la quinta á Garay, en forma de pobre, con dos muletas; pidióle limosna, porque vió estar á Rufina acompañada de la hortelana; ella se la arrojó de la ventana, preguntándole de dónde era. Garay la dijo ser de Granada, con lo cual se alegró tanto, que dijo á la hortelana: ¡Ay, amiga! vamos abajo, si gustais, que quiero hablar con este pobre por si ha poco que vino de mi patria. Mostró complacerla la hortelana, y así bajaron las dos á la puerta de la quinta, mandando entrar en ella al fingido pobre, á quien preguntó Rufina que cuánto tiempo habia que saliera de Granada. El la dijo que habia como diez días. Con esto le hizo algunas preguntas generales tan largas, que la hortelana teniendo que hacer, acudió á las haciendas de su casa y los dejó, cosa que los dos deseaban, y por eso dilataba Rufina las preguntas. Viendo pues á la hortelana ausente, entre los dos trazaron para la siguiente noche lo que despues oiréis, conjurándose contra el buen Marquina, blanco á que tiraron ambos desde que habian salido á destruirle.

Con esto se despidió Garay, y Rufina se subió arriba diciendo á la hortelana cómo habia sabido de aquel pobre muchas cosas de su patria, que la importaban para tratar de volver presto á ella; no le dió mucho gusto á la que se lo oia, ni despues al ama de Marquina cuando se lo dijeron; porque con su ausencia temian ver á su señor volverse á su mezquina condicion, faltando la causa que le hacia liberal; y así, todos sus criados vivian contentos con la huésped. Vino Marquina, y aquella noche halló á su dama con mas alegre semblante que otras, con que tuvo atrevimiento para significarle mas dilatadamente sus penas y amorosos deseos; no los despreció Rufina, antes cariñosa mas que nunca, le dió algunas esperanzas de favorecerle, con que el buen viejo tuvo por cierto que aquella fortaleza se le comenzaba á rendir; y así, para abreviar mas esta amorosa conquista, aquella noche le dió una sortija, que con este fin habia comprado para ella; era un diamante que valdria cincuenta escudos, cercado de unos pequeños rubies. Mostróse agradecida la dama, y por fiesta de la dádiva quiso aquella noche entretenerle cantándole algunas letras, si bien mostró poco gusto cantárselas en tan mal instrumento como tenia, ofreciéndole Marquina pedirle estotro día una arpa, por verla inclinada á can-

tar con ella. Recogieronse cada uno con varios pensamientos, Marquina deseando ser favorecido de Rufina, llevando intento de obligarla con dádivas para que lo hiciese, por saber que estas atajan las dilaciones, y Rufina trazando el modo con que abreviar con el hurto que pensaba hacerle.

El siguiente día Garay, como cursado en semejantes lances de latrocinios, se previno de amigos, profesores de este ejercicio; y habiendo espiado á Marquina, aguardaron que estuviese ya para recogerse, que fué algo tarde, por haberle entretenido Rufina con ese ánimo. Bien serian las doce de la misma noche, cuando Garay y sus camaradas se llevaron consigo un hombre formado de paja, á quien pusieron con una capa rebozado. Este pusieron en frente de la principal ventana de la quinta, que era el cuarto de Marquina. Allí pues le fijaron con un palo en el suelo, de modo que parecia estar en pié. Era la noche algo oscura, de suerte que les fué en esto muy favorable. Puesta aquella figura en aquel sitio, llamaron á la puerta de la quinta con grandes golpes, resonando el ruido de la alaba por toda ella; de manera que á Marquina le halló este rumor comenzando á dormir el primer sueño; despertó algo alborotado por parecerle novedad que á aquella hora llamase nadie en su quinta, cosa que nunca habia sucedido despues que vivia en ella, por saber su recogida condicion, con que nadie le buscaba á aquellas horas; llamó á un criado suyo, é hizole mirarse quién llamaba á su puerta; el criado medio dormido salió á verlo, y como viniese de aquella manera, preguntó que quién llamaba, mas no le respondieron; y no reparando en la figura fingida que estaba delante de la quinta á pié fijo, volvió á su señor diciéndole que no veia á nadie.

Sosegóse un rato Marquina, mas duróle poco esto sosiego, porque con mayores golpes volvió á llamar Garay, que era el autor de esta tramoya. Con mayor sobresalto mandó Marquina á su sirviente que volbiese á examinar quién llamaba; mas como le sucediese lo mismo, que no le respondiesen, dió esta nueva á su señor, con que le obligó á cubrirse con una capa; y así desnudo como estaba, púsose á la ventana, diciendo: ¿Quién llama á estas horas en mi casa? Tampoco tuvo respuesta, y mirando por el campo con mas cuidado que su doméstico, descubrió la figura de paja, que sin movimiento era el norte de este embeleco, y el principal personaje de él Marquina. Con notable pavor se halló Marquina entonces, viendo la persona que llamaba y que no le respondia; y así, sacando fuerzas de flaqueza, le dijo con voz alta: Señor galan, si es como (1) que quiere darme, efecto de la ociosidad y travesura de la juventud, yo no lo sufro, y así le ruego de bueno á bueno que se vaya y no altere nuestro sosiego, si no gusta que yo le ponga en el camino de Sevilla con mas celeridad que quiera, disparándole un par de balas si mas vuelve á inquietarme. Con esto se quitó de la ventana, y cerrándola, se recogió á dormir; mas apenas queria

(1) Como, expresion familiar usada en aquel tiempo, que quiere decir: dar vaya á uno ó matraca.

entrarse en la cama, cuando con mayores y mas desatinados golpes volvieron á llamar. Obligóle esto á tomar luego una escopeta cargada, de que estaba siempre prevenido para guarda y defensa de su dinero, y con ella salió otra vez á la ventana; y viendo en el mismo puesto al que sin movimiento se estuviera en él si no le llevaban, dijo: Demasiado atrevimiento es porfiar en lo que no tiene mas provecho que inquietarme; ya la descortesía pasa del límite, y merece que con otra mayor se le pague; quiteseme, quien quiera que sea, de delante de mi casa, si no quiere lo haga ir mal que le pese. Esto dijo, habiendo alzado el perrillo á la escopeta y apuntándole. Pues como viese el poco caso que de su amenaza hacia aquel inmóvil personaje, de materia tan leve, pensó que sin temor de que tuviese escopeta con que hacerle ir de allí se burlaba con él; y así, requiriéndole por tercera vez que no le provocase á hacer una demasía, hallándole rebelde á tantas amonestaciones, se resolvió á disparar la escopeta, no para espantarle, como pudiera, sino para ofenderle; y así, apuntándole muy de propósito, no le erró, metiéndole dos balas en el cuerpo de paja, dando con él en tierra.

Esto aguardaba Garay con mucho cuidado y no menor atención; y viendo ejecutado lo que deseaba, al instante que cayó la figura del escopetazo, acudió con decir en lastimosa voz: ¡Ay, que me han muerto! Y luego tras de esto hicieron rumor Garay y sus camaradas, como que se admirasen del fracaso. Sumamente se alborotó con lo que hizo nuestro Marquina, porque los miserables siempre son de corto ánimo, y todo aquello que va en orden á menoscabo de su caudal lo sienten mucho. Cerró su ventana, y despertando á Rufina con no poco alboroto (y tuvo poco que hacer en esto, pues no dormía con el cuidado de ver bien entablada su pretension) la dió cuenta de esto que había hecho; ella mostró pesarle mucho, reprendiéndole haber tomado aquella cruel resolución, diciéndole que pues había conocido ser como, y que en su casa estaba seguro, podía haber dejados llamar cuanto quisiesen á su puerta, que mas llevadero era pasar con inquietud que no ahora con sobresalto poniéndose en trabajo por una muerte. Con esto le dijo otras cosas, con que el pobre Marquina se halló confuso y lleno de temor, sin saber qué hacerse. Aconsejóle Rufina que si quería su quietud se fuese luego á San Bernardo á retraerse; porque era cierto, si aquel hombre se hallaba á la mañana muerto allí, el prenderle á él, por estar mas cercano á su quinta que á otra parte. Ya Marquina no quisiera haber nacido, y afligíase de modo, diciendo tantos desatinos, que si á Rufina no le importara valerse de la disimulación, se riera mucho de verle. Despertó á toda su familia, dióles cuenta del caso, y todos le afeaban el haberse precipitado á lo que hizo; con que el pobre viejo estaba para perder el juicio; considerábase en manos de la justicia, su dinero en poder de sus ministros, expuesto á su disposición, y su vida á riesgo de perderla si confesaba su delito en algun riguroso tormento, no discurrendo en que la defensa es natural á cualquiera.

Lo que se resolvió en estas confusiones fué en ausentarse Marquina, yéndose á San Bernardo; mas no sabía en qué poder dejase el dinero. Fiarle de sus criados, no le estaba á cuento; llevarle en casa de algun amigo, que tenia pocos por su exquisita condición, tampoco había lugar para hacerlo. En esta perplejidad se hallaba, sobre que pidió consejo á Rufina. Ella, mostrándose afligida y no menos temerosa que él, no se resolvía en aconsejarle, si bien el final acuerdo ya le tenia en su mente maquinado, que es el que al fin se vino á ejecutar; y así, lo que dijo fué: si se hallaba con algun dinero. Marquina le confesó de plano tener en su casa cuatro mil doblones, sin otros dos mil ducados en plata doble. Pues lo que yo haria, dijo la fainada moza, puesto que por ser cosa pesada no se puede llevar á esta hora sin verse á casa de un amigo, que lo enterreis en esta quinta, en parte que sea despues hallado, poniendo alguna señal por donde sea conocido el lugar que lo atesora; y esto debe ser hecho por vuestra mano, sin que ninguno de vuestros criados lo vea, por el peligro que corre de que os le roben, supuesto que yo no puedo tampoco asistir aquí, que os fuera fiel guarda de todo; porque es cierto que si la justicia viene y me halla, he de ser la primera que prenda, y no deseo verme en tal peligro, despues de haber salido de los que os he dado cuenta. En medio de su aflicción, Marquina, oyendo esto á su huésped, se enterneció sumamente de verla con tal desasosiego por su causa, con que era cierto el perderla, y así se deshacia en llanto. Animóle Rufina porque llegase á efecto lo que deseaba tanto; y así, habiendo mandado á los criados que se recogiesen á sus aposentos, y que de ellos no saliesen, él y Rufina, de quien solo hizo confianza, por el mucho amor que la tenia, fueron adonde estaba el dinero. Teniale en un cofre barreado de hierro, con una llave tan extraordinaria, que fuera imposible falseársela ni sacar aquella moneda de allí si no era por aquel camino que Rufina había tomado, saliéndole bien su traza. Sacaron la moneda, y depositándola en un pequeño cofrecillo la que era en oro, le llevaron á la huerta, donde con un azadon le hicieron una honda sepultura y le dejaron sepultado, dejando á un lado lugar para seis talegos, en que estaban los dos mil ducados en plata, que los fueron llevando con harto trabajo, por ser Marquina viejo, y ella mujer no usada á tales ejercicios de cargarse peso á sus hombros.

Pues como fuese depositado todo el dinero en aquella sepultura, dejaron encima de ella una señal bastante para ser conocido el lugar, y la tierra movediza la disimularon con cubrirla de yerbas que de la huerta arrancaron; con esto Marquina reservó para sí doscientos escudos en oro, que tenia en un escritorio, y cincuenta que dió á Rufina para que lo pasase en alguna parte hasta ver sosegado aquel alboroto. Con esto se subieron á lo alto de la quinta, y vieron desde allí andar gente en el campo con luz, que eran Garay y sus camaradas fingiéndose justicia; así estaba concertado entre Rufina y él, y ella le dió aviso de esto

CAPITULO VI.

Descubre Marquina el robo; cuéntase el viaje de Rufina y Garay; personas con quienes se reunieron en Carmona; da principio un pasajero á la novela de *Quien todo lo quiere, todo lo pierde*.

Estaba pues el misero Marquina afligido de ver que en cuatro dias no hubiese vuelto á verle Rufina, que él tenia por Teodora, y así se valió de un monje de aquel monasterio, persona inteligente en Sevilla, para que le supiese qué diligencias hacia la justicia contra él, y qué se decia de la muerte. El monje lo tomó muy por su cuenta, y habiendo corrido por las partes donde de esto se podía tener noticia, no hubo nadie que le pudiese dar razon de lo que deseaba saber, con que volvió á decirselo á Marquina, muy contento de que pudiese libremente salir, dejando aquel retiro; con todo, él no se fió de lo que el religioso le aseguraba; y así, una noche se fué á casa de un confidente amigo suyo, á quien dió cuenta de su desasosiego, y él tomó á su cargo saber lo que había. Hizo la misma diligencia que el monje, y no halló rastro de nada. Acudió á la quinta, y con la llave maestra de la puerta de ella, que le dió Marquina, la abrió, y la halló sola de gente, y el macho de su amigo muerto; porque como nadie pudo cuidar de su sustento, acabó con la vida. De todo dió cuenta á Marquina, aconsejándole que podía salir y pasearse como de antes, con que él se holgó de haber perdido el macho, á trueque de verse vuelto á su quietud y sosiego, si bien no dejaba de sentir el no le haber buscado Rufina, que la había cobrado grande afición; mas atribuíalo á que como era mujer, estaria retirada por temor de la justicia. Volvió á su quinta, y á ella volvieron el hortelano y su mujer con los demás criados, que todos andaban á sombra de tejado, como dicen, hasta ver sosegado aquel alboroto que en tanto miedo les puso.

La noche misma que Marquina fué á dormir á su quinta no quiso hacerlo sin haber vuelto su dinero al cofre que le guardaba; y así, acompañado del hortelano, con una luz bajaron á la huerta, acudiendo á la parte donde habían dejado la moneda en el cofrecillo y en los talegos, y guiándose por la señal que él y Rufina habían dejado para acertar con ello, no la hallaron, con que Marquina se alborotó no poco. Buscáronla por todo aquel contorno, mas fué en balde, que Rufina la había quitado de su lugar para que anduviese hecho loco en busca de su dinero; una y muchas veces paseó aquel sitio con tanto cuidado como sobresalto; mas por aquella noche no dió con la señal, norte por quien se había de guiar; con que el misero Marquina perdía el juicio, haciendo cosas de loco. El hortelano no sabía qué era lo que buscaba ni para qué fin le había traído allí; y así, con lo que le veía hacer le tenia admirado. Resolvióse el afligido Marquina á no tratar de nada por aquella noche; y así, con esta pena se fué á acostar, mejor diré, á estar penando toda aquella noche, que así la pasó; mas apenas la luz del dia entró por los resquicios de sus ventanas, cuando se levantó, y llamando al hortelano, volvieron al lugar mismo en que la noche antes había es-

á Marquina, aconsejándole no parase mas en la quinta, sino que se fuese á San Bernardo, llevándola á ella tambien. Para conseguir esto hubieron de salirse por las tapias de la quinta, por no poder abrir la puerta, que á ella llamaban ya los interlocutores en esta farsa, con el imperio de si verdaderamente fueran ministros de justicia. Toda la familia de Marquina le siguió por las tapias, que no quiso verse por su causa en poder de justicia, pagando su inocencia lo que él había pecado con malicia; y así, dejaron desamparada la quinta al tiempo que ya quería amanecer. Marquina y su dama aguardaron entre unas huertas á que fuese bien de dia para que abriesen en San Bernardo, adonde se entraron luego que vieron abierta la puerta de la iglesia. Con atento cuidado había estado Garay hasta que vio lograda la fuga de Marquina y su gente. Y así, luego que fueron dos horas de dia ya pasadas, acudió á este monasterio vestido de estudiante, por disimularse mejor; allí habló con Rufina sin que lo viese su amante, porque su miedo era tal, que se había ya retirado á lo mas secreto del convento; y despedido de ella, quedando concertado entre los dos que le viniese allí á ver y á dar aviso de lo que pasase, dió cuenta Rufina á Garay cómo dejaban enterrado el dinero; pero mintióle en la cantidad, no confesándole haber mas que lo que se le referido haber en plata; y esto lo hizo con el fin de ocultar de él la mayor partida, que estaba en oro, por lo que despues sucediese, por si podia ella aprovecharse de él, porque no tuviese parte en todo.

La siguiente noche, á mas de las doce, vino Garay y otro amigo acompañando á Rufina, que venia en hábito de hombre por disimularse mejor, y con su ayuda saltó las tapias de la quinta, y quedando ellos atendiéndola fuera de ella, hasta ser avisados que había seguridad. Lo primero que hizo la astuta moza fué irse adonde había dejado escondido el azadon, y con él desenterrar el cofrecillo de oro y volver á cubrir la plata con tierra y luego depositar en otro escondido lugar su cofre para que no se hiciesen los cómplices partícipes de toda la cantidad. Luego llamó á Garay y su compañero, y los dos desenterrando la plata, cargaron con ella, y fuéronse todos tres á una posada que tenían fuera de Sevilla, y apenas los dejó durmiendo Rufina, cuando en el mismo traje volvió con un ánimo mas que de mujer, por su reservado tesoro; y aunque hubo harta dificultad en poderle sacar por el peso, al fin salió de ella bien, volviéndose á su posada sin haber sido echada menos de sus compañeros. El siguiente dia y otros dos, habiendo contentado á los interesados con poca moneda, y habiéndose estofado Rufina dos almillas de aquellos doblones de Marquina, dejaron á Sevilla ella y Garay, que no quiso desampararla conociendo de su sugeto cuántas medras se le habían de seguir en su compañía. Tomaron los dos el camino de Madrid, donde los dejarémos por volver á nuestro retraido Marquina.